**Clémentine Deliss. *El museo metabólico*. Bilbao: Caniche Editorial, 2023. 168 páginas. ISBN: 978-84-125833-5-9**

En el año 2010, la prestigiosa historiadora cultural, antropóloga social, curadora independiente e investigadora Clémentine Deliss fue nombrada directora del Weltkulturen Museum de Frankfurt, un museo etnográfico que albergaba, en su gigantesco bunker de hormigón de más de seis pisos, “setenta mil artefactos del pasado, de autores desconocidos, invisibles para el exterior y apenas descifrables desde dentro” (Deliss, p. 46) y un archivo con más de cien mil imágenes, muchas de ellas de carácter etnográfico con clara orientación forense y degradante para las personas retratadas. En el mismo instante de su nombramiento, Deliss decidió realizar una expedición antropológica. Pero a diferencia de las del periodo clásico de la antropología académica de entreguerras, que sirvieron para constituir las colecciones del museo a través de prácticas coloniales y del saqueo cultural, su viaje no tendría lugar por tierras lejanas, “sino dentro del propio museo” (47). Comenzaba el reto de remediar las extraordinarias colecciones, la aventura de construir un museo postetnográfico.

En una armoniosa amalgama entre literatura y ensayo académico, Clémentine Deliss nos relata en *El museo metabólico* su frustrado intento por materializar un concepto (el museo postetnográfico) y su fracaso en el empeño por transformar un museo en estado de putrefacción en un organismo vivo con un metabolismo eficiente. En ese recorrido por sus experiencias y propuestas, los quince capítulos del libro discurren entre dos manifiestos que llevan por título “Manifiesto por un museo postetnográfico” y “Manifiesto por los derechos de acceso a las colecciones secuestradas en Europa occidental”. Los capítulos son breves, en cierto modo independientes, articulados por un coherente flujo temático y narrativo, donde se desgranan vivencias, reflexiones teóricas, anécdotas y rencores. En el relato aparece la pléyade de autores que nutren su pensamiento, entre ellos Paul Rabinow, James Clifford, Issa Samb, Bruno Latour, Joseph Kosuth, así como los artistas que desarrollaron proyectos en el museo durante las residencias que organizó en el periodo en el que se hizo cargo de la institución. Se narra, además, la relación mantenida con el filósofo Issa Samb y con el artista El Hadji Sy durante más de diez años (1992-2002) en el *Laboratoire Agit’Art* de Dakar. Allí creó *Metronome,* un órgano de colaboración con artistas de todo el mundo, una forma de comisariado sin techo ni constricciones, que después desarrolló en multitud de ciudades como París, Tokio, Berlín, Basilea o Viena.

Al principio del libro, se pregunta: ¿qué modelo de metodología crítica y reflexiva se puede aplicar a colecciones que han caído en el olvido, que tienen una mancha de nacimiento, o que no se han restituido? Con estilo lírico, el primer “Manifiesto” nos proporciona algunas respuestas: hay que partir del hecho indiscutible de que la idea de colección pertenece a otro tiempo y a otro pueblo; se debe reconocer el papel de la investigación dentro del museo mediante la creación de un laboratorio que impulse la indagación crítica de la colección, y sus resultados serán el germen fecundo de las exposiciones; es necesaria la remediación a largo plazo a través de nuevas interpretaciones de los objetos; los artistas, escritores, diseñadores, historiadores invitados (residentes) han de ser el motor creativo de la remediación de la colección y el concepto de museo-universidad debe permitir romper con las disciplinas del pasado, introduciendo un nuevo impulso desde el arte contemporáneo, la escritura creativa o el diseño.

En sus primeros compases como directora, señala Deliss, se afanó por realizar un diagnóstico certero de la situación del museo. El resultado no pudo ser peor: el Weltkulturen Museum carecía de actividad, el estancamiento era su estado natural, era escaso el nivel de reflexión poscolonial y no existía la voluntad de involucrarse en la indagación transdisciplinar. Igual que el resto de museos etnológicos alemanes, el discurso monodisciplinar comenzaba a parecerse a un “monocultivo intelectual” (37).

Al mismo tiempo, se planificó el rediseño de las instalaciones. Para elegir la propuesta arquitectónica que llevaría a la ampliación del museo, y se constituyó un jurado internacional. Ante el mismo, Deliss desgranó algunos de los conceptos clave que impulsaron el proyecto: “nos enfrentamos al reto de remediar las extraordinarias colecciones del museo […] Pero ¿qué quiero decir con remediar? Lo primero, poner remedio a algo: por ejemplo, la resonancia ambivalente del pasado colonial. Necesitamos desarrollar algo semejante a un museo postetnográfico**,** porque ya no estamos descubriendo etnos, tribus o grandes temas de la antropología mediante ejemplos de cultura material, sino que estamos utilizando estos objetos extraordinarios como un estímulo para una innovación futura y por lo tanto como punto de partida para generar conocimientos nuevos” (47).

Como ella misma reconoce, Deliss está utilizando el concepto de remediación en el mismo sentido en que lo había utilizado en su metodología dialógica Paul Rabinow. Para este antropólogo, los nuevos marcos históricos, culturales y políticos no pueden admitir conceptos diseñados en otros contextos. No deben aceptarse modos de representación, métodos y mediosque no permitan sanar las heridas, que imposibiliten poner remedio a las injustas situaciones actuales. Es necesario una ruptura con la tradición y con la lealtad patológica a los medios y paradigmas del pasado que impiden enmendar, reconfigurar y rectificar el trabajo antropológico y la labor del museo etnográfico. Mediante procesos dialógicos, deben reconfigurarse determinadas actividades (impulsar relecturas contemporáneas, propiciar nuevas agrupaciones de artefactos, experimentar con nuevos medios virtuales) para reformular y expandir los significados de los objetos, incorporando la crítica artística a los mismos.

En ese mismo foro, constituido por expertos de reconocido prestigio, también aportó su idea de laboratorio asociada al museo: “La idea de laboratorio es probar nuevos conceptos y métodos. Se invita a vivir y a trabajar en el museo a artistas, comisarios y becarios. Durante su residencia, seleccionarán objetos e imágenes de las colecciones del museo y crearán nuevas ideas, textos, obras de arte a partir de su experiencia. También impartirán seminarios con estudiantes y ofrecerán conferencias públicas” (48). Los residentes, por lo tanto, dialogan con los objetos de la colección tratando de resignificar su semántica desde una perspectiva contemporánea. Todo ello con el propósito de crear nuevas lecturas y conocimientos sobre esos objetos manchados por el expolio y el colonialismo; nuevas miradas que puedan sanar los artefactos guardados en búnkeres inaccesibles, sin autor identificado. En definitiva, el laboratorio debía convertirse en el latido intelectual y estético del museo.

Este laboratorio postetnográfico inició su andadura en febrero de 2011. Deliss señala que pronto se percató de que los invitados externos introducían un “factor de discrepancia” en el museo. Sus modos y métodos de trabajo eran disonantes con la tradición de la etnología museística, con el gremio de etnógrafos del museo, “con sus intransigentes y perfeccionistas actividades de contextualización y de categorización por regiones y temas” (82). Pero enfatiza que eligió enfrentarse a la hostilidad y a las tácticas exclusivistas que acompañaban las expresiones del territorialismo profesional. De hecho, en el capítulo titulado “Relaciones vitales”, no oculta las discrepancias y dificultades que le impidieron avanzar y consolidar su proyecto y que llevaron a su despido improcedente: “desde el comienzo de mi etapa como directora, la plantilla puso sobre la mesa de manera directa o indirecta la cuestión de mi legitimidad para alterar la configuración existente del museo […]. El paradigma había sido elaborado por los directores anteriores, todos ellos etnógrafos, médicos y misioneros alemanes […]. La historia de la intransigencia de este museo era conocida en la ciudad, pero no se podía hacer mucho. Mi intento de renovar esa institución y de reposicionar la investigación en sus colecciones mediante una metodología de remediación externa fue más de lo que la ciudad esperaba o deseaba” (132).

En el último capítulo, “Modelos para un museo-universidad”, la autora esboza algunas de las características que considera imperativas para el museo postetnográfico. La más importante implica reconsiderar las funciones metabólicas del museo, es decir, “pensar en cada uno de los órganos que contribuyen a sus operaciones institucionales generales, para someter las colecciones al escrutinio y la remediación contemporáneas. A partir de los nuevos significados y de las innovaciones sociales derivadas de sus análisis, se podrá volver a poner nombre a los autores a los que el discurso procedimental de la etnología excluyó o dejó sin documentar, y los derechos de propiedad intelectual podrán regresar a sus ancestros” (139). Deliss explica que, tras su etapa en Frankfurt, puso en marcha dos modelos de museo metabólico-universidad, el primero en Kiev en 2015, y el segundo, cuatro años más tarde, en la universidad de artes de Karlsruhe, en Alemania. La curadora describe de manera utópico-metafórica el concepto de museo que implementó: “Un lugar abierto y sin ataduras, sin sitios con vistas privilegiadas ni intentos de dirigir la mente hacia los confines de esta o aquella elucidación sería un campo, una extensión, una agronomía donde cualquier visitante podría cosechar modestos significados a partir de obras que no han sido domesticadas, aprendiendo lentamente el funcionamiento metabólico del museo como un cuerpo” (148).

El manifiesto final con el que cierra el libro es el colofón de su ideario metabólico y postetnográfico. Se pregunta: ¿Dónde estamos ahora? ¿Qué hacer con esos millones de artefactos, sin autor y sin derechos intelectuales? Deliss aboga enfáticamente por su restitución, por rastrear su procedencia. Pero en ningún caso cree que esto deban hacerlo “las sirvientas del colonialismo”, los “sacerdotes de la fantasmagoría etnológica”. Con estas palabras, naturalmente, se refiere a la vieja guardia de los antropólogos de museo, a los conservadores de los vetustos museos etnográficos europeos: “Restaurar la legitimidad de su disciplina, justo cuando están a punto de jubilarse. ¡No gracias! […] ¡Construyamos museos-universidad!, espacios físicos y conceptuales para la remediación” (154). Y con una arrebatada y teatral llamada, clausura el manifiesto: “Todos vosotros: ¡artistas, escritores, comisarios, cineastas, abogados, arquitectos, ecologistas, hermanas y hermanos! ¡No hay tiempo que perder!” (156).

En síntesis, *El museo metabólico* es un libro que puede colocarse en los estantes de los relatos del yo. También entre los manuales para curadores/as, antropólogos/as. Y, por supuesto, es inspirador para artistas, filósofos/as y diseñadores/as. El público más generalista también puede disfrutar de un relato fluido y adentrarse con Clémentine Deliss en las entrañas de un museo imposible. Bob Dylan aseguró que en el interior de los museos el infinito se somete a juicio y Walter Benjamin que no hay documento de cultura que no lo sea también de barbarie. En los viejos museos antropológicos el saqueo se somete a juicio sumarísimo, mientras que la creatividad puede sanar las condenas.

## Vicent Yusà Pelechà

Universitat de València